

trasluce en la prosa de la *Crónica*, hay comprobación directa, ya que de todas estas leyendas se ha transmitido hasta hoy alguna redacción versificada, gestas o romances, mientras que de *Zaida* nada de esto ha llegado a nosotros. Pero contaríamos insistiendo en que la sequedad de la *Crónica* nunca puede ser un criterio, ni menos puede serlo la conservación actual de restos poéticos; secamente se resume la escena de la muerte de Fernando I, y, sin embargo, fué cantada, y de ella tenemos hoy romances; y, por el contrario, poéticamente se resumen el *Romanz del infante García* y el *Mainete*, y de ellos no nos ha llegado rastro alguno de poesía antigua.

He aludido a restos de versificación que se descubren en la *Crónica*, y son tan evidentes, que los han echado de ver cuantos han estudiado el texto con intención histórico-literaria, desde Floranes, Sánchez, Berchet, el marqués de Pidal y Ríos, en adelante. La observación se hizo un lugar común, del que se ha abusado, pues hasta se cayó en el divertido extremo de descubrir asonancias en párrafos de la *Crónica* prosaicos por demás y evidentemente traducidos de la obra del Toledano, y se llegó al abuso de fabricar rimas atropellando

la sintaxis y, lo que es peor, la morfología misma del idioma.

Para que veamos restos de formas métricas, y no asonancias casuales, de las que toda prosa puede tener, es preciso que a ello nos autorice el tono poético de la frase o, al menos, del pasaje; o que las asonancias no sean de las más sencillas que la lengua ofrece con profusión; o que se descubran el ritmo del verso, la inversión no usual en la prosa, o cualquier otra especialidad provocada por las necesidades de la rima o el metro.

En fin, para esta tarea crítica y para cualquier examen de las prosificaciones contenidas en la *Crónica*, es preciso recoger aquí una observación, ya hecha respecto al texto en general. Como al utilizar los reflejos épicos de la *Crónica* importan, más especialmente que nunca, los detalles de la frase, recuérdese que la versión regia es un texto de lenguaje amplificado, y que, en general, será preferible la versión vulgar. Pero recuérdese también que ni una ni otra representan exclusivamente mejor el borrador original, o sea la primitiva y directa prosificación de las gestas, sino que el detalle de frase de ellas puede estar mejor conservado, ora

en una, ora en otra de las dos versiones. Milá (1) había observado ya que el códice Escorialense —o sea la versión regia— ofrecía menos huellas de versificación que otros; pero no conoció la duplicidad de transmisión del original primitivo. Yo mismo, en mi primer trabajo sobre el texto de la *Crónica*, preferí la versión regia; pero hoy, en una reimpresión de dicho trabajo, preferiré la vulgar.

VALOR DE LA «CRÓNICA»
COMO COMPILACIÓN.

Por todo lo que llevamos dicho de las fuentes de la *Crónica*, podremos apreciar ésta como compilación. Las compilaciones anteriores, como la del Tudense, se contentan con ensartar, una a continuación de otra, las diversas obras de que se sirven. El Toledano desarrolla una idea más compleja de lo que debe ser la historia, trabajando para ampliar y coordinar las varias informaciones que utiliza. Pero la *Primera Crónica* marca después un adelanto sensible: el plan es mucho más amplio que en ninguna obra anterior, y el

(1) *De la Poesía*, páginas 414, 416, 290 nota 1.

trabajo de información complementaria y de coordinación de fuentes cronológicas y narrativas es bastante complejo y personal para que podamos decir que por primera vez se ve en ella un intento de verdadera construcción histórica. No olvidemos que en el Bellovacense no hallaremos esto, y apenas necesitaríamos advertir que tal trabajo está hecho en la *Crónica* con un atrevimiento e inexperiencia en absoluto infantiles. Sobre todo, la cronología forma, sí, un sistema; pero un sistema radicalmente maló en la mayoría de los casos.

Las varias manos que intervienen en la compilación traen desigualdades en la obra.

Y lo primero que ocurre preguntar es en qué las dos partes de la *Crónica*, debidas a dos generaciones sucesivas, responden a una misma concepción, y en qué la segunda parte representa una desviación de plan respecto de la primera. Desde luego, las dos partes se armonizan bastante bien en una porción de aspectos, como en la idea nacional, en el espíritu literario, en la disposición externa de la narración y hasta en la armazón erudita; pues si quisiéramos dar una fórmula esquemática de la composición del conjunto, podría-

mos decir que la *Crónica* era, desde el principio hasta el fin, una compaginación del Tolentino y el Tudense entre sí, acrecida sobre todo con dos grandes adiciones: la historia romana en la primera parte, y las leyendas heroicas en la segunda.

Pero también las diferencias entre ambas partes son claras. La primera parte trasciende la universalidad de espíritu y de cultura de Alfonso X, que no se ve en la segunda (1). Pudiera creerse que esto era efecto tan sólo de que el asunto de esa primera parte entraña las cuestiones mundiales y católicas que el imperio romano trae consigo, y, sin duda, hay algo de esto; pero también la segunda parte hallaba ocasión de incidir en una porción de aspectos del mundo cristiano y oriental, y no lo hace (al menos con la amplitud que la primera parte), encerrándose más en los límites peninsulares. El hecho es que ambas mitades se distinguen: la primera, por el uso de fuentes clásicas, y la segunda, por el de fuentes épicas; y obsérvese que, en cierto grado de cultura, esas dos fuentes

(1) Riaño, pág. 28, juzga de otro modo, negando, sin distinción, el carácter personal de la *Crónica*.

de inspiración vienen a ser casi antitéticas, llegando los influidos por el clasicismo a perder todo interés por la poesía nacional. Acaso el espíritu de Alfonso X se elevaba sobre tal limitación, como los verdaderos humanistas del siglo xvi que alcanzaron el punto de coordinación y armonía en el estudio de la antigüedad clásica y de la vida moderna, y quizá en el primitivo plan del Rey Sabio estaba prevista la intervención de la épica, aunque ésta no interviene directamente, en la primera parte, en el reinado del rey Rodrigo. Pero, de todos modos, siempre resulta que los compiladores del tiempo de Sancho IV, al utilizar las gestas nacionales y no otras fuentes extranjeras, escribieron con un criterio más particularista que los que trabajaron bajo Alfonso X.

Si la *Crónica* hubiera sido concluída por el Rey Sabio, hubiera tenido toda ella el carácter definido y excepcional que a menudo se marca en la primera parte; hubiera sido, probablemente, mucho más extensa, más complicada (1), y hubiera que-

(1) Pienso, sobre todo, en los 100 primeros capítulos; por ejemplo, en la extensión con que se trata la historia de Dido, y en la complicación de fuentes que supone el «Señorío de los griegos» y el de «los almujuces».

dado como obra personal, de texto más fijo, como otras obras de Alfonso X, señera e invariable en su transmisión. Convertida en obra colectiva, perdió mucho en personalidad, se abrevió, y este cambio de carácter fué el que precisamente hizo que la transmisión de la obra fuese más activa y, al mismo tiempo, más libre y cambiadiza. Y es muy de notar que, aun agrupadas las dos partes en un mismo cuerpo de obra, el diferente carácter de una y de otra les imprimió rumbos distintos en la transmisión. La primera es mucho menos variable en los manuscritos que la segunda. Todo lo que arriba hemos dicho de la transmisión multiforme y desconcertante de la *Crónica* debe aplicarse, en especial, no a la primera mitad, sino a la segunda, que fué la que más se transformó.

INFLUENCIA DE LA «CRÓNICA»
EN LA HISTORIOGRAFÍA.

Porque, gracias a su gran novedad y a su mérito, la *Crónica* formó escuela, haciéndose centro de una activa literatura historial.

Es bien manifiesta la influencia de Alfonso X, más que nada sobre algunas personas, especial-

mente de su propia familia; pero no se aprecia bastante cierta influencia difusa que perdura en una actividad colectiva. La *Crónica*, por ejemplo, es mal conocida en este aspecto interesantísimo, y sin embargo, ella misma en sí es ya ejemplo de influencia difusa, pues nos ofrece, al lado de la obra de Alfonso X, una continuación, siendo así como un lazo material y visible que une dos épocas: la de un espíritu guiador y la de sus continuadores. Pero, además, no sólo en esta obra se absorbe la tradición historiográfica anterior, resumida en el Tudense y el Toledano, sino que de la concepción histórica iniciada por el Rey Sabio proceden una serie de historias en lengua vulgar que, confundidas durante muchos siglos en un informe montón de códices, empezamos ahora a distinguir en algunas producciones capitales, como la *Crónica de 1344*, la de *Veinte Reyes*, la de *Castilla*, la *Tercera* y *Cuarta Crónicas Generales*, la de *1404* y otras, cada una de las cuales es, por lo común, centro de otra serie de variedades aún mal conocidas. Por lo cual, no basta establecer grandes familias: hay que estudiar la vida de cada una a través de sus múltiples variantes; es necesario abarcar el complejo conjunto, como siempre que

las obras se producen en series (1). El caso de las crónicas es análogo, por ejemplo, al de los fueros municipales; unas y otros necesitan un estudio filológico histórico de conjunto, pues sólo conociendo íntimamente las relaciones genealógicas de los varios términos, se puede aprovechar bien y apreciar cualquiera de ellos. Por no apoyarse en este trabajo previo de conjunto, excelentes estudios padecen inevitables confusiones entre las corrientes más extrañas y los valores más diversos que se mezclan en algunos de los monumentos consultados.

En esta abundante serie de crónicas derivadas de la *Primera General* es donde vemos más claramente comprobado el distinto carácter de las dos partes de la *Primera Crónica*; la parte de la obra primitiva debida a Alfonso X, o bien se copió con escasas variantes, o bien no fué comprendida su necesidad, y se la cercenó despiadadamente: trabajo de bastante carácter personal, como hemos dicho, quedó con su personalidad superior, pero poco fecunda; en cambio, la parte hecha bajo

(1) Una clasificación general de las principales crónicas y un examen especial de algunas variedades se hace en las *Crónicas generales de España descritas por R. Menéndez Pidal*; tercera edición; Madrid, 1918.

Sancho IV tuvo gran influencia. Con ella nace toda una escuela de cronistas atentos a las narraciones épicas, desde la *Crónica de 1344* hasta la de Rodríguez de Almela. Anónimos apasionados del antaño heroico, siguieron desrimando con fe las obras que los juglares producían, y engrosando con ellas el caudal de la historia. No importa que las nuevas producciones épicas se novelizasen cada vez más y se convirtiesen en poemas muy semejantes a los libros de caballerías; las crónicas, alucinadas, seguían a la epopeya en este camino de decadencia que tanto la apartaba ya de la historia, y precisamente la tarea prosificadora era la preferida por los cronistas, siendo de notar que las crónicas varían más en la parte épica que en la propiamente histórica. Esto, dentro de la corriente iniciada por la *Primera Crónica*, es fácilmente comprensible: en primer lugar, nuevos textos históricos eran raramente descubiertos, mientras que, en cambio, surgían siempre nuevos textos épicos; después, téngase en cuenta el éxito de la poesía: ninguna figura de las crónicas logró en la memoria de las generaciones tan indeleble recuerdo y tan colosal grandor como las heroicas, a las cuales era natural atender más.

Así, debido a estas crónicas épicas, nuestros poemas, aun después de caídos en el olvido, vinieron a ser la principal historia popular, la base del sentimiento nacional; y, a su vez, debido a los poemas que acogieron, las crónicas llegaron a ser inspiradoras fecundas de nuestros poetas de todos los tiempos.

El caso de la prosificación de poemas se ofrece en muchas literaturas y en diversas épocas (1); pero creo debe notarse en nuestro caso una discrepancia respecto de la literatura francesa. A no ser el caso suelto y raro de un breve resumen de alguna leyenda, como el de la de *Berte au grand pied* en la *Crónica Santonense*, de principios del siglo XIII, hecho semejante sólo a la inclusión de materia épica en los historiadores latino-medievales (Alberic des Trois-Fontaines, Tudense, Toledano), nada hay en la historiografía francesa que se parezca a la prosificación de poemas, amplia y frecuente en la *Primera Crónica* y en toda la serie de crónicas derivadas. En Francia, la prosifica-

(1) V. Nyrop, *Storia dell'epopea*, pág. 56, nota. Hasta en la *Crónica de Felipe II*, por Antonio de Loaces, se desrima la Austriada de Juan Rufo. (*Revue Hispanique*, VI: 899, pág. 194.)

ción de las *chansons* se hizo también a menudo; pero no en el campo de la historia, sino en el de la novela; y se hizo más tarde, correspondiendo su máxima actividad al siglo XV. Esto nos indica que en España la prosificación representa la nacionalización de la materia épica, acogida aun entre los eruditos, mientras que en Francia representa simplemente la vulgarización, en una forma de arte inferior, para las clases menos cultas.

VALOR LITERARIO.

LA AMPLIFICACIÓN.

La *Primera Crónica*, que tantas novedades internas nos ofrece, innova también mucho en la forma literaria de escribir la historia.

La sequedad de las crónicas latinas de los siglos anteriores era extrema. Algún trozo retórico en san Isidoro; reminiscencias fraseológicas de Salustio, en el *Silense*; una positiva elegancia, y a veces austera elevación, en el Toledano, es todo lo más que podemos hallar. Las crónicas, en general, completamente ciegas para todo lo que no fuese la materialidad de los hechos más abultados, suelen limitarse a la desgranada y breve mención

de guerras, calamidades públicas, grandes trastornos políticos o sucesión de reyes, dibujando apenas el esqueleto de las cosas con una radical inatención para todo lo vivo y palpitante del suceso. Su breve y descarnado relato contrasta lastimosamente con la animación anecdótica, la abundancia de observación y el interés íntimo que sabe ofrecer la historiografía árabe.

La *Crónica General* representa, en este sentido, un adelanto. Reconoce que la historia es vida pasada que hay que hacer sentir y comprender; pero frecuentemente, al realizar esta idea, procede con un criterio artístico, no histórico, sometiendo los textos que le sirven de fuente a una amplificación, sin otro objeto que el de hacer más animado el relato. Un ejemplo rudimentario de este infantil procedimiento hallamos cuando el Toledano y el Tudense usan sencillamente el verbo *obiit* para anotar la muerte de un personaje, y la *Crónica* suele traducir «adoleció et finó», no faltando, sin duda, a la exactitud histórica, al añadir la noticia de la última dolencia. Pero ya se arriesga más el compilador cuando juzgaba que tan necesario como la enfermedad para la muerte era el toreo para las fiestas, y hallando en Paulo Orosio la no-

ticia de que el emperador Cómodo gustaba de luchar *con fieras* en el circo: *in amphitheatro feris sese frequenter obiecit*, traduce estas simples palabras por este largo párrafo: «salie en ell amphitheatro a las bestias fieras et a los toros a lidiar con ellos et a matarlos cuemo otro montero qualquiere, que son fechos que no convienen a emperador ni a rey ni a otro princep ni a ningun omne bueno» (1). Cuanto más el hecho impresiona la imaginación del compilador, más añade éste pormenores narrativos arbitrarios, a fin de hacer el relato más pintoresco. Véase, por ejemplo, el envenenamiento de Sancho I el Gordo (pág. 423 b).

Además de la amplificación decorativa, la hallamos otras veces retórica, de discursos y elogios, de reflexiones moralizadoras, como la que vemos apuntar en el ejemplo del emperador Cómodo. Abunda también la que tiene carácter de comentario, que, como puede suponerse, es muchas veces aventurado. El compilador, tratándose de fuentes latinas, expone con amplitud, y a menudo interpreta y borda el texto que sigue; no *traduce*, sino que *deduce*, y esto no sólo en los textos lacó-

(1) Orosio VII, 16; *Prim. Crón.*, pág. 155 b 46.

nicos de suyo, sino en todos, hasta en los poéticos, como sucede cuando traslada los versos de Ovidio o de Lucano, que, a veces, se dilatan desmesuradamente. Hay por parte del compilador el deseo de no desperdiciar el más mínimo matiz embebido en el significado de las palabras que traduce. Trátándose de fuentes romances, esta tendencia ya apenas se observa. Las fuentes juglarescas más bien se acortan, en vez de ser ampliadas. La ampliación depende del grado de consideración y estima con que es mirado el texto que se copia.

Verdad es que el criterio literario, a que generalmente obedece la ampliación, ya quedaba bien satisfecho por la mera admisión de las obras juglarescas en la *Crónica*. No sólo esto. Con la admisión de las gestas, la *Crónica* llega a resarcirnos de la inferioridad que hemos señalado en la historiografía cristiana respecto de la musulmana. Pues en la poesía heroica se refleja más viva que en la historia, y más bella, la imagen del pasado, no sólo en su color y forma, sino en su espíritu mismo; sin ella, ignoraríamos, con muchos ritos y costumbres, muchas maneras de pensar y de sentir, que nos dan a conocer la antigua civilización medieval mejor que cualquier producción histó-

rica de la época. Y la *Crónica*, acogiendo en sus páginas los restos de la epopeya, no sólo salva esta importante manifestación poética de la pérdida casi total en que cayó, sino que hace llegar a nuestros ojos un reflejo intenso de vida pasada; trae a nuestros oídos el eco lejano, pero aún recio y distinto, de la vida íntima, de la pasión y el tumulto de las generaciones primitivas de Castilla, devoradas por el olvido hace tantos siglos. Los hombres que dieron origen a Castilla, su historia nunca escrita entonces, su literatura abismada en el gran naufragio de aquella vida, sólo nos dejan su recuerdo en la *Crónica*.

LENGUAJE.

Por lo demás, la *Crónica* manifiesta muy variamente su tendencia artística. Su prosa no se moldea sólo sobre los desmedidos versos de los juglares castellanos, sino también sobre los decadentes exámetros de Lucano, sobre los apasionados dísticos de Ovidio, sobre la retórica poesía de Alhuacaxí, rebosante en el oscuro tecnicismo de la poética árabe.

Así, esa prosa tiene el gran encanto de ser un reflejo multicolor de las más elevadas corrientes

de arte y de cultura que se dejaban sentir entre las generaciones viejas y nuevas que convivieron y se sucedieron en la corte castellana durante los dos reinados de Alfonso X y de Sancho IV.

Y esa variedad se manifiesta más aguda por no haber una verdadera fuerza tradicional en el cultivo del idioma que pudiese coartar la espontánea adaptación a los diferentes modelos y la iniciativa de cada uno de los compiladores. No era la primera vez que se aplicaba el romance a la prosa histórica, pero sólo se había usado en traducciones sin originalidad o en obras de escasa significación. Alfonso X, al planear y realizar en gran parte el importante esfuerzo de una primera construcción histórica en lenguaje vulgar, puede decirse que también creó la forma externa de la misma, dando nacimiento a la prosa historial castellana, que desde el comienzo se revela como la primera entre las otras vulgares de la Península.

La *Crónica*, obra de dos generaciones, presenta a nuestro estudio un vocabulario rico y de abo- lengo, poco perturbado por latinismos y extranje- rismos, y una construcción que, aun no sabiendo triunfar de la inhabilidad primeriza, admiraba por su concisión al principal estilista de la generación

siguiente, a D. Juan Manuel; en suma, un mate- rial amplio y vario, marcado con el interesante sello de una época que es, a la vez, de orígenes y de activa transición de la lengua oficial.

Los idiomas de Francia y de Italia no tenían nada semejante cuando Alfonso X vulgarizó la historia general. La prosa narrativa se empleaba allá en importantes relatos de sucesos particula- res; ya había escrito un Villehardouin; pero la historia general de la nación aún tardará mucho en tener un verdadero monumento vulgar.

VALOR NACIONAL.

Esto nos lleva, en fin, a notar la tendencia na- cional hispánica de la *Crónica*. No era, ciertamen- te esa tendencia una novedad, pues la generación pasada la había manifestado, al menos en obras escritas en latín. Anteriormente, sólo se escribía la crónica de los monarcas de uno o varios reinos peninsulares; pero la vista comprensiva de todos los reinos, en el conjunto de lo que es España, sólo se obtiene en tiempos de San Fernando, en las dos obras capitales del leonés Lucas de Túy y del na- varro Rodrigo de Toledo, de espíritu éste más de-

cididamente nacional, como inspirado en el nacionalismo de la dinastía castellana, también de origen navarro. Y es muy explicable que en el reino castellano-leonés se manifestase la amplia tendencia nacional, cuando no existía en ninguno de los otros reinos peninsulares; ese reino se había, desde su origen, presentado como heredero de la monarquía visigótica de la España una; ese reino poseía a Toledo, la antigua ciudad regia, sede de san Ildefonso, y acababa de conquistar a Sevilla, sede de san Isidoro; es decir, abarcaba los dos grandes centros de la antigua cultura visigoda; ese reino había visto reiteradas veces reconocida su dignidad imperial por los otros reinos de España, y había realizado, aunque momentáneamente, un ideal de imperio castellano bajo Alfonso VII.

Pero si la *Primera Crónica* no es original en tratar el conjunto de los reinos peninsulares, si su historia de Navarra, Aragón y Portugal deriva del Toledano o del Tudense, recordemos que, además, es también nacional porque no es mera historia de reyes, sino que procura reflejar la vida de los principales elementos de la nación; y la forma popular en que realiza esto, le dió éxito durable.

Las traducciones gallegas, portuguesas, aragonesas y catalanas que se hicieron de la *Primera Crónica*, de sus derivadas y del Toledano, indican que los países vecinos reconocían y admiraban esta manifestación del pensamiento ibérico, debida a Castilla, que en tantas formas fué siempre propugnadora y realizadora de él.

Así, la historiografía castellana, libre de la limitación que se observa en la de las otras regiones, es índice de una de las cualidades morales características de Castilla, a la que ésta debe su grandeza. Castilla creó la nación por mantener su pensamiento ensanchado hacia la España toda; jamás ningún egoísmo regionalista puede nacer en ella, ni tampoco por ella debe ser acatado.